

MERCEDES GÜIRALDES
NADA ES COMO ERA

TUSQUETS
EDITORES

Siempre quise escribir pero nunca tenía una historia para contar. Desde hace seis años la tengo. No es un relato de superación personal, porque en cierto sentido lo que narro es insuperable. Tampoco es una crónica, aunque vaya más o menos cronológicamente, ni un intento tardío de literatura del yo, si bien me pasó a mí. Es nada más que la historia de un cáncer. O dos. O tres.

1 EL DIAGNÓSTICO

Estábamos en el living mirando televisión. No sé por qué me palpé la axila izquierda y la sentí: una pelotita dura, nítida. Casi me desmayo de la impresión, y eso que todavía no sabía nada.

Dormí mal esa noche. Al día siguiente fui directo al médico clínico y me colé en un sobretorno. Estaba muy asustada pero siempre fui hipocondríaca, así que esa escena la había vivido muchas veces y —como todo hipocondríaco es un supersticioso, según mi psicoanalista— en el fondo no creía que fuera nada.

El clínico me miró, me palpó, me hizo algunas preguntas y me recetó Bactrim, un antibiótico de amplio espectro. Me dijo que seguro era una infección en un ganglio de la axila, muy común en las mujeres por la depilación. Me quedé más tranquila. A los quince días, después de tomarme la caja entera de Bactrim, la pelotita seguía ahí. Volví al clínico para control.

—¿Viste? —me dijo—. La zona ya no está roja, ni caliente.

—Sí, pero no se me fue.

—Los ganglios tardan en volver a su tamaño normal cuando se inflaman. Ya se te va a ir.

Era diciembre de 2010. Faltaba poco para las fiestas, las vacaciones y mi cumpleaños número cuarenta y cinco. Como para tanta gente, fin de año nunca había sido un momento grato para mí. Bah, lo odiaba. Ese año me sentía especialmente apesadumbrada, y recién estábamos a comienzos del mes. Se me ocurrió que podía ganarle de mano al bajón de las fechas y le dije a mi psicoanalista y psiquiatra, con el que llevaba ocho años de terapia, que quería que me medicara. Jamás se me había ocurrido antes en la vida; aparte de algún tranquilizante ocasional, nunca había tomado psicotrópicos. Él aceptó y me recetó una dosis baja de Escitalopram, un antidepresivo de última generación.

Me puse a tomarlo casi enseguida y más o menos a la semana empecé a sentir el efecto. Era como mirar todo a través de un vidrio apenas empañado. Las cosas estaban ahí pero atenuadas, un poco separadas de mí. Estaba bueno.

Nos fuimos con Klaus y mis dos hijas —Olivia, entonces de quince años, y Miranda, de once— a Mar del Plata al día siguiente de la Navidad, a pasar

mi cumpleaños y el Año Nuevo con mis padres, mis hermanos y mis suegros. Yo estaba bajo el efecto bienhechor y todavía nuevo del Escitalopram, así que para mi sorpresa no sentía la tristeza típica de la fecha, el nudo permanente en la garganta. Pero estaba muy cansada. Dormía ocho o nueve horas cada noche y largas siestas de dos o tres horas mientras los demás estaban en la playa. El año de trabajo, el aire de mar, me decía a mí misma a modo de explicación. Sí, pero a nadie más le pasaba... Pensé que podía ser un efecto secundario del Escitalopram, pero no lo encontré en el prospecto. Los festejos llegaron y se fueron, y yo seguía en ese estado raro, como si flotara entre nubes.

Volvimos a Buenos Aires y al trabajo, y a mediados de enero partimos de nuevo, esta vez los cuatro solos, a La Pedrera, donde pasaríamos quince días en una casita que alquilábamos hacía tres veranos. Estaba contenta de estar de vuelta en el balneario uruguayo, por fin iba a poder reponer fuerzas. Pero con el correr de los días al cansancio que arrastraba se le sumó una molestia en el costado izquierdo, a la altura de las costillas. Era bastante intensa, un pinchazo intermitente que incluso me impedía dormir de ese lado. Me dije que sería una contractura,

un mal movimiento, y que no tenía que darle importancia. Si se la daba, la hipocondría se iba a llevar puestas las vacaciones mías y de mi familia, como ya había pasado otras veces. Opté por tomar analgésicos y por anotarme en unas clases de yoga en el club social del pueblo. La profesora, una treintañera de aspecto elástico y contextura fibrosa, me recibió en una terracita blanca rodeada por tules de colores que flotaban en el viento tibio. Empecé a ir todas las tardes después de la playa, pero a pesar del yoga la molestia en el costado no se me iba, salvo con el analgésico y por unas pocas horas.

Llegó febrero y el regreso a Buenos Aires con su consabida cuota de alivio y contención: la casa propia, la cama de una, la rutina. Mario, el jefe de Arte en la editorial donde trabajo hace más de veinte años como editora, es además médico. Su tarea de crear las tapas de los libros se combina con una especie de consultorio permanente a puertas abiertas: entre tapa y tapa, él escucha las consultas improvisadas de sus compañeros, aconseja, toma la presión, a veces receta.

Antes de las vacaciones yo le había contado lo del ganglio y él se había interesado e incluso me había revisado. Por eso fue totalmente normal que,

apenas me vio, me preguntara cómo iba eso y me palpara la axila izquierda. Constató que el ganglio seguía igual.

—Encima —le dije con total inocencia—, ahora también tengo una molestia acá —y me señalé las costillas de ese lado.

Pareció pensar un instante mientras me miraba por encima de sus anteojos, un gesto típico en él cuando se queda cavilando. Acto seguido hizo algo completamente inesperado. Cerró la puerta de mi oficina y me pidió que me sentara.

—Mirá, no te quiero asustar —me dijo con una expresión seria—, pero ahora mismo agarrás la cartera y te vas a ver a tu médico. No esta tarde, no mañana: *ya*.

El resto lo recuerdo como una película de terror proyectada a toda velocidad. El clínico que me atiende sin turno y me manda a hacer una mamografía de urgencia. Yo, que llamo a mi madre para que venga a acompañarme. Ella, que llega en tiempo récord. La técnica de turno, que dice que seguro no es nada mientras me aplasta las tetas con el mamógrafo hasta cortarme el aliento. La espera. La reaparición de la técnica con la cara de preocupación que le vería a todo el mundo los días siguientes.

–Quiero que tu mamografía la mire el doctor Ávila, que es el mastólogo jefe. Por favor, esperá un momento acá.

Ahí estábamos, mi madre y yo, sentadas en un pasillo angosto de una vieja casona de la calle Talcahuano reciclada en clínica privada, sin hablar, puro ojo abierto mientras escuchábamos al doctor Ávila decir que había «algo» en la mama izquierda, que habría que operar enseguida. Apenas atiné a llamar a Klaus pero, insólitamente, no atendía su teléfono celular. Insistí una y otra vez hasta que logré comunicarme.

–Imposible hablar ahora. Te llamo en cuanto pueda –dijo, y me cortó.

Me quedé mirando atónita el celular. Mucho más tarde, cuando pudimos reaccionar un poco, me contó que en ese preciso instante estaba con el rector de la universidad donde trabaja como profesor, que le había pedido verlo en privado para contarle que iba a renunciar. Todavía hoy lo angustia acordarse de que me cortó sin dejarme hablar por primera vez en todos los años que llevábamos juntos, justo esa vez.

Parada en medio de la sala de espera con el teléfono en la mano, debo haber parecido una liebre encandilada por los faros de un auto en plena noche. Estaba paralizada, azorada. No podía creer lo que me

estaba pasando. En realidad no es que no pudiera creer. Muchas veces antes, frente a síntomas varios, había pensado que tenía algo grave (ya dije que soy hipocondríaca). Pero ahora la pesadilla era real. La cabeza me daba vueltas como un lavarropas en proceso de centrifugado: giraba y giraba sobre sí misma a toda velocidad, más y más rápido cada vez, haciendo un ruido ensordecedor que, claro, sólo yo oía.